

No hay pues duda de que el concepto panteísta de la emigración del alma es una falsa interpretación de esta enseñanza. Su significación primitiva es la doctrina adulterada del pecado y de la corrupción hereditaria del género humano. Los pueblos pudieron desfigurar ese triste recuerdo que alumbraba con una luz tan sombría su cuna, pero no pudieron jamás olvidarlo.

9. **La manera de explicar los antiguos el estado del mundo.**—La conclusión de todo es que la tradición universal del género humano conservó en sus puntos esenciales lo que nos comunica la Revelación acerca del pecado original y del hereditario.

Por eso los espíritus más nobles de todos los tiempos buscaron con ahinco las razones para explicar esta convicción de los pueblos, que por otra parte encontraban confirmada en su propio interior. Pero no fueron muy afortunados en esto; por numerosas y detalladas que sean las investigaciones de los antiguos filósofos acerca del origen del mal, apenas remuneraron el trabajo que les costaron, si se quiere llegar á resultados prácticos. En el fondo, únicamente tres hechos fueron solamente probados en estas discusiones.

En primer lugar, los paganos dicen casi unánimes que el mal unido á cada uno de nosotros no depende siempre del individuo, sino que á menudo es el resultado más bien que la causa de un poder extraño. Sócrates, como es sabido, se dejó influir tanto por esta observación, que pretendió que el hombre no es malo voluntariamente. ⁽¹⁾ Era sin duda un gran error, pero partía de la suposición justa de que nuestra inclinación al mal no puede armonizarse con la naturaleza tal como la hemos recibido de Dios. Según sus propias expresiones, no es natural que el pecado nos alcance más pronto que la muerte, y que sea mucho más difícil evitarle que á la muerte misma. ⁽²⁾

(1) Platón, *Timæus*, p. 86, e; *Meno*, 10, p. 77, c. y sig. *Protágoras*, 31, 37, p. 345, d. y sig., 355, d.

(2) Platón, *Apología*, 29, p. 29, a.

En segundo lugar, los filósofos encontraron también que la dominación del mal se extendió de una manera general á todos los hombres y á la humanidad entera. No son únicamente los individuos quienes en su persona sufren la influencia de su atractivo, sino que es la totalidad como tal la que es mala y corrompida. Así lo declara Séneca. ⁽¹⁾ También Platón dice que no es tan sólo en las acciones de cada hombre donde el bien y el mal se hallan siempre juntos, sino que esto sucede también en el mundo en general, hasta tal punto que se le podría creer animado y dirigido por dos potencias completamente diferentes. ⁽²⁾

En tercer lugar, los antiguos reconocieron, bastándoles para ello abrir los ojos ante los hechos, que el mal contiene en sí cierta fecundidad, y que un pecado trae siempre otro después; por eso pensaron ya admitir que lo mismo que tiene por origen alguna cosa buena, también el mal procede siempre de alguna cosa mala. ⁽³⁾

Los pensadores paganos no pudieron ir más allá; no debe por eso censurárselos, porque se trata de una doctrina muy difícil de profundizar. Nada, dice San Agustín, es más fácil que darse cuenta de que la humanidad no es como debería ser, pero nada es más difícil que comprender como se produjo el hecho; no porque falten motivos para explicarle, pero no son fáciles de exponer, y para admitirlos se necesita prudencia y reflexión. ⁽⁴⁾ No es por lo tanto extraño que desde este punto de vista sea difícil conocer la verdad; ⁽⁵⁾ proviene esto en parte de que á nadie le gusta examinar atentamente su propia perversidad y las causas que la han producido, y en parte de que esta cuestión pertenece al orden sobrenatural y solo puede ser resuelta perfectamente por la Revelación.

En todo caso, es un honor para los pensadores paganos haber tratado de profundizar ese punto difícil á costa de

(1) Séneca, *Ira*, 2, 9, 10; 3, 26, 27.

(2) Platón, *Leg.*, 10, p. 896, d. y sig.

(3) Aristót., *Metaph.*, 1, 4, 3.

(4) Agustín, *Contra Julian. Pelag.*, 6, 5, 11.

(5) Agustín, *De nuptiis et concupisc.*, 1, 19, 21.

tantos esfuerzos; les fué necesario confesar que debían renunciar á ello, pero esto no les impidió reconocer el hecho de la culpabilidad general, y admitir por lo menos que esta debe tener una causa común. Los modernos que se han separado de la Revelación se distinguen de los paganos en cosas que están lejos de resultar en ventaja suya; los paganos buscaban á lo menos una explicación á lo que está comprobado por la historia; los modernos prefieren refutar el hecho innegable únicamente para no verse obligados á confesar que no hay explicación para esto fuera de la que da la Revelación; los paganos buscaban razones, los modernos buscan dificultades; los paganos querían demostrar, los modernos quieren demoler; los paganos no encontraban ningún motivo para negar lo difícil de la explicación, los modernos exageran de propósito la imposibilidad de explicar el pecado hereditario para dar una apariencia de derecho á su negación.

10. ¿Qué valor tienen las pruebas en cuestiones de esta naturaleza?—Sin embargo, la doctrina de la transmisión por herencia del mal procedente de un pecado primitivo no es tan difícil de explicar.

No queremos decir con eso que pueda ser probada por medio de la sola razón. Siempre es peligroso querer apoyar acontecimientos históricos exclusivamente en hipótesis filosóficas. Es muy fácil, por ejemplo, probar con hechos que la ciudad edificada á orillas del Tíber debía llegar á ejercer la dominación del mundo; que el Imperio debía pasar á los alemanes; pero ¿hay alguien que haya podido decirnos un siglo antes, que en tal época surgiría un Napoleón, ó que Constantinopla pertenecería á los turcos en tal ó cual año? Todos conocen la poca importancia de esas razones inventadas después de verificados ya los hechos.

Si esto es cierto de las cosas naturales, lo es más todavía de las sobrenaturales y de los acontecimientos históricos de que habla la Revelación; éstos no pueden demostrarse más que como todos los hechos históricos, es decir,

por las fuentes que les son propias. Quien creyese que es posible exponerlos por simples motivos de razón, ó se ofreciere á intentar esta empresa, nos produciría el mismo efecto que quien se comprometiese á hacer hoy, por la geografía de Europa y la historia del siglo XIX, una historia universal del tercer milenario.

No se puede probar la existencia de la justicia primitiva, de la caída y de la corrupción general más que por las fuentes de la Revelación; sin embargo, la historia profana, la psicología y especialmente la sociología, proporcionan también bastantes resultados de sus investigaciones, que sirven para confirmar los datos de la Revelación. Es necesario admitir aquí lo mismo que en las puras verdades de fe. Todo lo que se puede exigir á la actividad de la razón relativamente á estas cuestiones, es simplemente la prueba de que no son imposibles ni inverosímiles, y que concuerdan perfectamente con verdades que son indudables por su demostración propia ó adecuada.

11. La humanidad puede también pecar como unidad orgánica.—Y esto no es difícil. La doctrina del pecado original está ligada estrechamente con la doctrina de la unidad orgánica del género humano; aun podemos decir que forma una sola y misma cosa con ella.

Este principio tan importante, de cuya justa apreciación depende, no sólo la doctrina social, sino la existencia de la sociedad misma, ha sido completamente negado, como en los tiempos del liberalismo atomístico individualista, ese ácido corrosivo, descomponiendo toda vida orgánica y social.

En esta materia, la necesidad, estímulo de la inteligencia, abre también poco á poco una vía que permite penetrar mejor en ella.

No hay duda de que, en parte el influjo de las tendencias socialistas, y en parte el entusiasmo por el llamado nuevo descubrimiento, hacen que la época haya ido á veces demasiado lejos, queriendo desterrar completamente la libertad personal y la responsabilidad, por las doctrinas

medio panteístas, medio fatalistas de la moral colectiva, de la sugestión social, de la psicología colectiva. Según este modo de ver, la comunidad solamente sería activa; el pensamiento del individuo sucumbiría ante la opinión pública, sus actos serían absorbidos por la moral pública y por el paroxismo popular del organismo social entero, por el alma del pueblo y por el cuerpo social.

Nos es imposible entrar aquí en detalles para refutar estos propósitos perniciosos que en otra parte hemos tratado de rectificar; nos basta por el momento decir que hay en todo eso una verdad innegable de la mayor importancia. Una corporación, una sociedad no son autónomas y activas cuando están separadas de los hombres que las componen. Su actividad tiene por punto de partida la libertad, la acción de conjunto y la actividad común de sus miembros. Su moral, la moral pública, social, es por lo tanto el resultado de lo que hacen colectivamente los individuos, lo mismo que su tendencia intelectual, la llamada opinión pública, es el resultado y la idea de lo que todos piensan y dicen cuando obran como totalidad.

Pero decimos como totalidad. Todos saben que los hombres hablan y obran de un modo muy diferente según que lo hacen como corporación ó como individuos; por esto incurriríamos en grave error si se quisiera concebir la moral y las costumbres públicas como la suma de todas las actividades privadas; no solamente no son eso, sino que á menudo son todo lo contrario de lo que piensan y quieren los individuos.

Un ejemplo: Nadie hay que, como hombre privado, no deteste la guerra, pero como patriota, como representante del pueblo, como miembro del organismo social, como representante de la opinión general, como ejecutor de la moral pública, todos se llenan de entusiasmo por ella.

Por consiguiente, aunque todos los individuos tomados en conjunto forman la actividad pública social, es necesario distinguir bien la actividad, la moral, la opinión de la sociedad de lo que hacen los individuos cuando obran en

nombre propio: de modo que la sociedad, como unidad, como organismo, tiene su tendencia intelectual social, su moral y su actividad propias. La mayor parte del tiempo es la sola libertad de todos los miembros quien los produce; pero á menudo también es la demasiada influencia de uno ó de varios espíritus superiores á quienes la muchedumbre se une por tal ó cual motivo cuando se trata de una actividad pública. En ese caso es necesario, sin embargo, distinguir la actividad social, la actividad del todo, aunque sea producida por la libertad de los hombres, de la actividad personal de todos los individuos.

Esto aparece especialmente en el gran poder fascinador, podríamos decir, á veces irresistible, que hay en la opinión y en la moral públicas para el bien como para el mal. Recuérdese el grito de los cruzados: ¡Dios lo quiere! Que se recuerde la noche loca del 4 de Agosto de 1789. Que se recuerde el entusiasmo por la guerra de libertad en 1813. Estos y otros hechos semejantes demuestran que frecuentemente la moral pública arrastra y cambia á los individuos, aunque se encuentren sometidos á la influencia de la totalidad, y les lleva á realizar actos muy diferentes de los que harían si vivieran por sí solos.

Resulta de ello que solamente el liberalismo, que durante largo tiempo ha descompuesto toda comunidad, toda unidad, toda vida, hasta hacer imposible en la hora actual el pensamiento de un organismo social; y que sólo el materialismo, que por otra parte no conoce ninguna unidad intelectual, podían negar la antigua doctrina, según la cual hay crímenes colectivos como grandes acciones colectivas. Ningún sofisma arranca á la humanidad la convicción de que puede engañarse, que ella también puede ser pecadora y punible; por eso los antiguos ofrecieron sacrificios de plegarias y especialmente de expiación por su ciudad, su patria y el pueblo entero; y por numerosas que sean las razones aducidas contra esa convicción por los jurisconsultos, y los historiadores, por severos que fuesen los castigos y amargas las consecuencias que eran su recom-

pensa, los hombres persistían en hablar de desgracias nacionales, de castigos nacionales, de pruebas nacionales, y sus escritos lo hacen también.

Pero esto nos ayuda á comprender dos leyes que evidentemente reinan en el mundo: la ley de la herencia y la de solidaridad.

12. La ley de la herencia.—Todos conocen la ley de la herencia. El antiguo proverbio dice: La manzana no cae lejos del árbol; de tal padre, tal hijo; de tal madre, tal hija. Nadie, sin embargo, negará que hay excepciones; pero la degeneración de una raza será más chocante si el germen antiguo reaparece en la raza siguiente.

Esta ley suministra muchos puntos de reflexión. El conocedor de almas, el médico de almas, el pastor de almas, lo saben hace mucho tiempo. Muy poco inteligentes habrían de ser un educador ó un director de almas para no advertir de qué sorprendente manera renacen en los hijos las inclinaciones, las pasiones, los pecados de los padres, especialmente esos desórdenes sensuales que ejercen su influencia en los comienzos de la vida, y como los padres y las madres expían frecuentemente de un modo terrible, en sus descendientes, sus faltas que les han dado con la vida.

Recientemente, desde que se dirigió hacia estos fenómenos la atención de las ciencias naturales, fué solícitamente acogido este hecho, conocido ya en toda la antigüedad, y explotado con la exageración que está en moda cuando se vislumbra una esperanza de hacer que desaparezcan las enseñanzas del Cristianismo. No hay, dice esta escuela de psicología que venera á Lombroso como su Mesías, y cuyas teorías hizo pasar Ola Hanson á la literatura; no hay criminal personalmente responsable; el que comete un crimen es siempre inocente, no se le puede imputar personalmente nunca. La causa se debe en parte á que nació como un idiota, un nihilista, un paria desde el punto de vista moral, es decir, sin conocimiento de los mandatos morales, y sin disposiciones para esas invencio-

nes arbitrarias, no fundadas en la naturaleza del hombre y en la ley divina objetiva; y en parte á la ley de la herencia, ó como dicen, al atavismo, ley, en virtud de la cual las faltas de los ascendientes se despertaron en él con invencible fuerza.

Esta adulteración de una verdad sólo podría tener buen éxito en nuestra época, que da pruebas de ser inaccesible á la templanza, á la modestia, á la dominación de sí misma, tres virtudes gratas á nuestros antepasados. No le queda entonces otra elección que seguir el sistema de corrección inventado por Elmira, que consistiría en poner á los criminales en magníficos y lujosos palacios construídos á expensas del Estado hasta que pasara su deseo de cometer actos de violencia, ó utilizarlos para la ciencia por la vivisección como proponía el doctor Pyle. Pero todo eso no debe impedirnos admitir lo que hay de cierto en el fondo de la verdad de que se abusa aquí, y reconocer el valor de la ley de herencia considerada en sus justos límites. Sí, el mal se comunica por herencia en la humanidad; no hay principio mejor confirmado por la experiencia y por la historia.

13. La ley de la solidaridad.—La segunda ley, también cierta, de la historia y de la ciencia social, es la de solidaridad. El humanismo, que quiere enseñar á cada uno á ser independiente por sí, á pensar únicamente en sí, á obrar únicamente por sí, nos quitó la conciencia de que todos juntos constituímos un armazón, que todos tenemos deberes para con todos, que todos somos responsables los unos por los otros y por el conjunto; desde que llegó á establecer su dominación, todo está fraccionado, desmenuzado, disuelto. Ahora cada cual no piensa más que en sí; ahora el egoísmo, que en todo tiempo ha sido el maestro de la vida, es también el maestro de los espíritus.

Así nació el espectro aterrador de la época; la cuestión social. El que tenía poder se creía autorizado para usarlo en toda su extensión; el que tenía derechos no creía tener también obligaciones; el que tenía una posesión que lla-

maba suya, creía usar tan sólo de su derecho cuando hacía lo que le parecía bien. Que la propiedad ha sido dada al individuo para la utilidad de todos; que nadie posee por sí solo la fuerza del trabajo; que cada cual debe emplear en beneficio de todos lo que posee en bienes exteriores, en dones físicos é intelectuales; he ahí grandes verdades que han desaparecido completamente de entre nosotros. En la embriaguez producida por la palabra libertad, hemos perdido la idea de solidaridad, en tal grado, que consideramos como conforme á la naturaleza la lucha por la existencia, la concurrencia sin límites, la guerra de todos contra todos hasta el aniquilamiento.

El Estado se halla en el mismo caso. Lucha de los Estados entre sí; dentro de cada Estado lucha de razas, lucha de partidos; tal es nuestra política. Los que actualmente tienen en sus manos el poder creen haber llegado á ese grado de elevación únicamente para gozar los frutos que le son inherentes, y para hacer ver á los otros su mando; en cuanto á sus deberes, apenas si piensan en ellos. El pueblo debe pagar los tributos y hacer sacrificios hasta la última gota de su sangre; pero á nadie entre ellos se le ocurre hacerle libre, aliviarle, ni otorgarle derechos hasta que la necesidad les obliga á ciertas concesiones.

Y sucede esto en pequeña y vasta escala. Si hoy la nobleza es objeto de una persecución llena de odio por parte de la sociedad, á ella misma hay que atribuir la causa, porque despreció sistemáticamente la ley de solidaridad. Este reproche no alcanza sólo á la antigua nobleza de nacimiento, sino también á la nobleza moderna, á la del dinero, todavía más injusta, y á la llamada aristocracia intelectual. Muchos de estos no están lejos de creer en ciertos momentos que Dios habría podido crear antes del Adán de barro, un señor Adán de venas azuladas, ó un Adán de oro; difícilmente comprenden el vivir un día en el mismo cielo con su camarero su criado. Cuando pagan á sus subordinados el escaso salario, se creen dispensados ya de toda obligación para con ellos; una palabra amable in-

teresándose por ellos, ó informándose de ellos, sería, según la convicción de la mayor parte de estos grandes señores, rebajarse demasiado para su condición. Y, sin embargo, tampoco los subordinados, los obreros y los pobres deberían en muchos casos quejarse de aquellos, pues también siguen el proverbio de que la caridad bien ordenada empieza por sí mismo. Considerar desde su verdadero punto de vista las ventajas de los otros y el bien común, es en ellos tan poco frecuente, como entre los grandes y los ricos. Lo que un hombre afortunado posee les parece un robo cometido en detrimento de lo que se les debe á ellos; si se hicieran acaudalados, procederían tal vez con más egoísmo que los aborrecidos ricos. En una palabra, el sentimiento de solidaridad ha desaparecido de la humanidad desde cualquier parte que se le mire.

De ahí procede para nosotros lo muy difícil de admitir que la totalidad deba pagar el pecado cometido por sus primeros padres. La primera reflexión que nos ocurre en este asunto es siempre esta cuestión: ¿No hay injusticia en esta herencia? ¡No! Hay una ley universal; la torpeza de un general causa la ruina de un ejército entero; por el contrario, su habilidad hace victorioso un país; el piloto tiene en su mano la muerte ó la vida de gran número de personas. Cuando el pastor es herido de muerte, se dispersan las ovejas; cuando la cabeza está enferma, todos los miembros sufren. Los pecados de los príncipes son castigados en sus pueblos; la miseria de los hijos se convierte en castigo de los padres. La desgracia de la totalidad, proviene á menudo de la falta de un solo hombre; el crimen de un individuo, recordemos tan solo á Nerón y á Robespierre, es, por decirlo así, la flor, el resumen, el coronamiento de los pecados que la totalidad ha amontonado.

Por todas partes en la historia encontramos comprobado el principio: Todos para uno y uno para todos. Esto tiene aplicación en el bien como en el mal, aunque sea más raro en el primero. En el bien, le admitimos con agrado; ¿pero quién nos permite hacer la reserva de que no nos ligue